

¡Ciudadanos, a los libros!

por **Fabrizio Caivano**

Doc. 6152

Recién estrenado el siglo XXI, uno de los temores que planean en el horizonte es el de la pérdida del hábito de la lectura de libros. Frente a ello, «este breve panfleto quiere ser un manifiesto a favor del libro, una vindicación de la lectura y una llamada a la movilización de los lectores». El texto nos ayuda, además, a recordar las virtudes de la lectura y a identificar a los enemigos del libro y del buen lector. Son momentos de reflexión y de pasar a la acción.

«El arte de narrar se aproxima a su fin, porque el aspecto épico de la verdad, es decir, la sabiduría, se está extinguiendo.»

W. Benjamin.

Flota en el aire el temor de que en el siglo XXI acabemos por perder el viejo y buen hábito de la lectura. Un hábito cultural a cuya sabrosa sombra fuimos amamantadas las generaciones pretelevisivas. En la irreductible cofradía de los lectores, hay una resignación mansa, una nostalgia melancólica, padecimientos propios de vencidos. Pues bien, este breve panfleto quiere ser un manifiesto a favor del libro, una vindicación de la lectura y una llamada a la movilización de los lectores. En él se enuncia dónde estamos y por qué leer; se indican los enemigos del libro y del buen lector; y se dicen, por último, algunas de las muchas virtudes de la lectura. Es su única pretensión aliviar temores, templar ánimos y dispersar los honrados virus de la bibliofilia. Su consigna es breve y amablemente combativa: «¡Ciudadanos, a los libros!».

Dónde estamos...

Estamos en una burbuja dotada de un hilo musical que nos repite la letanía epocal: por la tecnología hacia la felicidad. En la sociedad del conocimiento la



ANA PEPI



ANA PEYRI

igualdad es el igual acceso a la información; se confunde así conocimiento con información, su acumulación pasa por cultura y su exhibición por sabiduría. Pero la información sin más es ignorancia engreída. Todo cambia, dicen, y ya nada es como era. Consecuentemente, se nos amonesta, el sueño de la Ilustración debe dar paso a nuevas formas de humanización. ¿Utopía o pesadilla? Visto el balance del pasado siglo, sabemos ya que ambas son caras de una misma moneda. El futuro parece pertenecer al ingenio técnico de los hombres, a su competencia y destreza en el manejo de las máquinas. La competitividad universal es la respuesta a una pregunta que hemos olvidado. Nadie duda que la mutación es real. Pero no se dice que están cambiando no sólo las instituciones y las relaciones sociales, sino que quedan sin oxígeno las viejas narrativas que han cobijado durante siglos a los individuos. Sin dioses ni relatos fundacionales, nos asomamos al abismo de un futuro incluídible. Estamos, pues, en el ápice de una crisis que es, paradójicamente, una oportunidad histórica (¿la última?) de reformular la esencia de la condición humana, de reordenar compasivamente

el mundo y de cambiar la educación del hombre.

¿Qué hacer? Presentar batalla a los reduccionismos tecnologistas y, al mismo tiempo, abrirse sin prejuicios a los usos inteligentes de los nuevos medios. Pero atreverse, también, a preservar la enorme herencia cultural que habita en los libros. Leer para saciar el hambre de sentido que destilan las narraciones. Vaya un remedio, pensarán algunos, para tanta crisis...

... y ¿por qué leer?

No por mero conservadurismo o por un elitista prurito cultural. Sino porque creemos que en los libros hay una clase de conocimiento, un saber constitutivo, no instrumental, que no hallaremos en parte alguna.

Dejar de frecuentar los libros es como pasar sedientos junto a una inagotable fuente de moralidad y de saber. La lectura es decisiva no porque nos informe, que mejor lo hacen algunas máquinas, sino porque nos amasa y constituye, nos hornea y hace mejores de lo que llegaríamos a ser sin ella. O peores. En esta

ambivalente condición de la lectura está el núcleo de su fertilidad constitutiva. En la palabra viva del otro y en el acceso a su palabra diferida, los aprendices de ser humano templan junto a los otros sus propias virtudes y ejercitan su espíritu. Nos hacemos en el lenguaje, no mediante o a través de él. Somos lenguaje. La educación es lectura y conversación, reflexión y vuelta a la lectura. Se precisa de poco más para poner a las conciencias en las mejores condiciones de trabajar duro en la producción de sí mismas.

La educación no es juego ni competencia agónica; es un jugoso intercambio de subjetividades mediante el amueblamiento armonioso del tiempo y del espacio. Llegar a ser un humano maduro es hoy, en un entorno vaporoso, mucho más difícil que jamás lo fue, porque el ocaso de la inteligencia pública, la mediocridad rampante, la banalidad del mal y la inculcación de lo inhumano, mediáticamente amplificado, ganan terreno perceptiblemente. Tenemos capital y tecnología, pero nos faltan ideas, tiempo, empeño moral. Y los docentes saben lo imposible que es una educación verdadera en el ruido y la prisa. La educación del siglo XXI exige, qué reveladora paradoja, silencio, tiempo y libros.

El ciudadano llega a la condición de tal, sujeto de derechos y deberes, porque antes ha aceptado un pacto de íntimo sometimiento, otra paradoja, que le faculta para el ejercicio responsable de la libertad. La cultura es la más civilizada forma de represión, sin ella la barbarie avanza festivamente. El ámbito de la moralidad del ciudadano moderno, acosado, desarraigado y solo, está también en los libros. Ellos ayudan a su nacimiento como individuo habitado por una voz interior; y, luego, como un miembro del coro en el que el azar le ha depositado. Identidad y colectividad, sujeto y sujeción, ágora y alma. Por eso, la mejor sinfonía del ámbito público, la ciudad, sólo es posible a partir de afinar cuidadosa y adecuadamente cada átomo de privacidad, la singularidad de cada individuo. ¿Qué mejor que la palabra, el libro y la lectura para esa delicada transición? En ese intercambio de jugos nutritivos palabra, lenguaje y libros son aliados imprescindibles. En los libros perviven los signos de la lar-

ga marcha de la humanidad, su afán de belleza y de verdad, y también la crónica de sus mentiras y el hondo rastro de su maldad. Luces y sombras. Libros, en plural, porque el hombre de un solo libro es más de temer que aquél sin libro alguno.

Los enemigos del libro

El aprendiz crece saturado por múltiples estímulos sensoriales, atractivos y cómodos, que ponen a prueba prematuramente su capacidad de juicio y de elección. Facultades que, sin embargo, ejerce ya el cachorro humano en su largo período de inmadurez. Lo que suele dar lugar a dos hábitos que acaban por prefigurar una inmadurez intelectual y emocional crónica, la irresponsabilidad de las propias conductas, y el rechazo de toda intervención que contradiga la «real gana» del individuo. Se comprenderá que así es prácticamente imposible inculcar una capacidad de reflexión acerca de sí mismo, es decir, interiorizar mandatos morales.

No es posible la educación sin marcar límites; es decir, sin establecer un ámbito en que la tradición y la autoridad se puedan ejercer. Y los libros, ¿qué papel desempeñan en esta historia? Se comprenderá que, estando así las cosas, el libro sea un objeto ajeno e invisible en ese escenario de gratificaciones inmediatas y de laxismo moral. Sus enemigos son numerosos, atractivos, omnipresentes. Sólo enumeraré algunos: el ruido, el utilitarismo, la comodidad, la prisa, la hiperactividad o el ocio compulsivo. Sus efectos son conocidos. El estruendo cotidiano de la información nos deja sordos para otros relatos; el desprecio por lo «inútil», por lo que no tiene un inmediato valor de cambio, por lo que suponemos que hace perder tiempo; el rechazo del esfuerzo intelectual y la cómoda preeminencia del ojo en un universo servido como espectáculo. Crece así la ansiedad frente al tiempo «libre» y al aburrimiento, rentabilizado por la potente industria del ocio. La dificultad estriba en que la lectura necesita precisamente de esas virtudes que se consolidan leyendo.

... y las virtudes del lector

El buen uso del lenguaje, la primera. En los grandes libros están los relatos

legitimadores que prestan un poco de sentido a la vida, libros que custodian esas preguntas fundacionales que son la levadura del ser humano. Por eso los

necesitamos. La información, los datos y las diversas ciencias y disciplinas responden a otro orden distinto, necesario sin duda, de cuestiones. La narración es la puerta por la que accedemos al lenguaje, la experiencia cultural más sustancial que le es dada al hombre. El lenguaje edifica conciencias, comunidades e instituciones. El sometimiento al lenguaje es el primer paso hacia lo que llamaban los clásicos el libre albedrío. Sin lenguaje no hay pensamiento, y sin pensamiento somos materia fácil para los compradores de esclavos. Y eso pide esfuerzo y paciencia para vendimiar del texto el jugo de su secreta sustancia. Otra virtud del lector cabal es la compasión, la primera piedra en la que se alzarán el ciudadano. La flexibilidad cognitiva es otra, porque en los libros no sólo se reconoce a sí mismo y su mundo, sino algo que necesita, con mayor fuerza quizás, echarse a la cara lo diferente: lo amenazante, el monstruo, la crueldad en estado puro. Asomarse al abismo, evaluar su insondable misterio, es una manera de conocerse, de volver purificado a la pasajera seguridad de las evidencias y de construir la alteridad. Noche y día, luz y oscuridad, en un bucle infinito. Curiosidad, autodeterminación, capacidad de diálogo y de escucha, mirada abierta, empeño por la verdad, la bondad, la belleza. Virtudes emanadas de los libros, si se frecuentan éstos con pasión y mesura, pero que acaban por enraizar en el espíritu del lector y por trasladarse a la vida real. Con ellas levantará trabajosamente el alto monolito de sus referentes morales.

Nuestra tarea es clara: leer, criar lectores, construir bibliotecas. Pero no a la defensiva, sino sin temor a las nuevas tecnologías, dispuestos a conocerlas a fondo y, como aquellos intrépidos grumetes, listos para embarcarnos y navegar por los mares cibernéticos, para ver si hay en ellos alguna nueva manera de cultivar ese arte de narrar, de ganar nuevos lectores y celebrar, sin menoscabo, la ceremonia de las palabras fundacionales. Y si acaso no hallásemos nada, siempre podemos volver a Ítaca, a esa casa común del ser que es el lenguaje. ¿Qué otro hogar, si no el lenguaje, puede ya cobijarnos a todos? ■

ANA PEPI

